

Una renovada llamada a la santidad

Queridas hermanas:

Creo interpretaros a todas vosotras al expresar un gracias al Papa Francisco por la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate* (GE). Es la tercera Exhortación después de la *Amoris laetitia* y la *Evangelii gaudium*. Un verdadero don de la Providencia para todos los cristianos y para toda persona de buena voluntad. Una *llamada vocacional* a reemprender el camino de la santidad sin miedo, con más decisión. La Exhortación ha sido acogida con alegría y entusiasmo en todo el mundo, y también en nuestro Instituto, por su concreción y claridad, por el lenguaje sencillo, próximo a lo cotidiano y en sintonía con nuestra misión salesiana: un camino de santidad con las jóvenes y los jóvenes que se nos confían. Estoy segura de que muchas de vosotras ya tenéis la exhortación y la hacéis, no sólo objeto de lectura sino de profundización, de oración y del compartir vida.

En esta circular, con sencillez, os ofrezco algunas reflexiones que me surgen, después de haberme acercado con *mirada y corazón salesiano* a este bellissimo documento. He descubierto aspectos significativos en plena consonancia con nuestra espiritualidad, tanto que me siento obligada a decir: ésta es una Exhortación Apostólica que debe inspirar necesariamente nuestro camino. La descubro como una carta que el Papa Francisco te dirige a ti, a mí, a cada hermano o hermana, a cada joven con la expresión familiar del “tú a tú”. Esta cercanía es motivo de alegría, de ánimo, de renovado compromiso para continuar con mayor energía el camino de santidad cotidiana.

Acogiendo las reflexiones del Papa Francisco, subrayaré la belleza de la *llamada universal a la santidad* que es un don de Dios para *vivir en comunidad y para realizar en la misión con los jóvenes y para los jóvenes*.

La llamada universal a la santidad

La Exhortación Apostólica no pretende ser un tratado sobre la santidad, sino «hacer resonar una vez más la llamada a la santidad, tratando de encarnarla en el contexto actual, con sus riesgos, sus retos y sus oportunidades. Porque el Señor nos ha elegido a cada uno de nosotros “para ser santos e inmaculados ante Él por el amor” (Ef 1,4)» (GE,2).

Muchos son los testimonios que desde el inicio de la historia de la humanidad, nos animan a caminar con perseverancia hacia la meta que tenemos delante. En la carta a los Hebreos, se recuerda a Abraham, Sara, Moisés y otros (cf Heb 11, 1-12,3). Estamos rodeados además de tantos testigos considerados santos por su martirio, por la ofrenda de su vida hasta la muerte y por el heroísmo de su virtud. Estos son los beatos y santos. Pero el Espíritu Santo no cesa de suscitar la santidad en todo el pueblo de Dios. De hecho «Dios quiso santificar y salvar a los hombres, no individualmente y sin relación entre ellos, sino que quiso hacer de ellos, un pueblo que lo reconociera según la verdad y lo sirviera en santidad» (LG, 9).

Es la santidad “de la puerta de al lado”, como la define el Papa, formada por personas que viven junto a nosotros y que son signo de la presencia de Dios o, para emplear otra expresión suya, “la clase media de la santidad”. Pero ¿quiénes son “los de la puerta de al lado” que, generalmente no corresponden a los parámetros del pensar común?

Pueden ser padres, hombres y mujeres que trabajan y se cansan, enfermos, religiosas ancianas que siguen sonriendo. Aquí, reconoce el Papa Francisco, que se ve la santidad de la Iglesia en camino (cf GE, 7).

Parece que quiere decirnos que, la santidad a la que todos estamos llamados, es la de cada día, discreta, accesible a todos, que no exige garantías de pertenencia; por eso se puede encontrar en cualquier parte, también fuera de la Iglesia católica y en lugares diferentes. También en personas frágiles, débiles, imperfectas, pero que en medio de los límites y caídas siguen adelante; personas que no sobresalen por acciones heroicas, sino que cada día, casi sin ellas darse cuenta, viven el Evangelio, lo testimonian y por tanto, dan gloria a Dios (cf GE, 3).

La santidad, entendida así, es para el Papa Francisco «el rostro más hermoso de la Iglesia». Pero, como ya se ha subrayado, está presente también fuera de ésta (cf GE, 9). La Exhortación Apostólica retoma una realidad madurada en el concilio Vaticano II y decisiva para cada persona: la llamada universal a la santidad.

El Señor no se cansa de recordarnos que todos estamos llamados a la santidad: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11,44; 1 Pe 1,16)). Es lo que pone de manifiesto con claridad el Concilio: «Todos los fieles de cualquier estado y condición son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a una santidad cuya perfección es la misma del Padre celestial» (LG, 11).

Hay diferentes modelos de santidad, pero lo que importa es que cada creyente descubra el propio camino y haga brotar lo mejor de sí, conforme a los dones que Dios le ha dado (cf 1 Cor 12,7). Es interesante darse cuenta de que son muchas las formas de testimonio que señala la Exhortación Apostólica, entre ellas también el *genio femenino que expresa estilos femeninos de santidad*, indispensables para reflejar el rostro de Dios en el mundo. El Espíritu Santo, a través de los siglos, ha suscitado grandes santas, cuyo atractivo ha generado dinamismos espirituales e importantes reformas en la Iglesia. Pero no podemos olvidar a numerosas mujeres desconocidas, añado, también excluidas, que han sostenido y transformado familias y comunidades con la valentía de su testimonio (cf GE, 12).

La santidad a la que nos llama el Señor, crece y se fortalece mediante pequeños gestos; a veces afrontando grandes desafíos que son un trampolín de lanzamiento hacia nuevas conversiones; otras veces, se trata de vivir mejor aquello que ya hacemos; en otras palabras, vivir el momento presente colmándolo de amor (cf GE, 17), como nuestras primeras hermanas hacían en Mornese, en la escuela de madre Mazzarello.

Si se nos preguntara: «¿Cuál es el día más bonito?», deberíamos poder responder: ¡hoy, porque hoy es el tiempo que se me concede para amar! Amar según la medida del Señor, conscientes de que para esto, es necesario abrazar las exigencias del misterio pascual hasta el final. La santidad no es otra cosa que la caridad vivida en plenitud (cf GE, 21).

Queridas hermanas, ¿nos sentimos con ánimo y entusiasmo para acoger el don de Dios que trabaja en nosotras y a seguir el camino hacia la santidad colaborando con Él y con determinación? Es un camino a veces arduo, cansado, pero posible cuando el corazón está abierto y es un *camino comunitario*, «espacio teologal en el que se puede experimentar la mística presencia del Señor Resucitado» (*Vita consecrata*, 42). Nuestras Constituciones nos invitan a construir comunidad donde «juntas tendemos a la santidad» (C 82) y a caminar con las jóvenes y los jóvenes por el camino de la santidad (cf C 5).

La comunidad, lugar para caminar juntas en santidad

El acercarme a la Exhortación apostólica ha suscitado en mí una alabanza incesante al Señor por el don de la santidad que existe en la Iglesia, en la Familia Salesiana, en nuestro Instituto.

Valdocco, Mornese: lugares donde la santidad era de casa, donde se apostaba por realizar el sueño de Dios y hacer brillar con nueva luz las semillas de santidad recibidas en el bautismo.

Don Bosco y Madre Mazzarello pueden ser, con razón, definidos cinceladores, artesanos de santos: adultos y jóvenes que han enriquecido la sociedad, la Iglesia con su testimonio creíble, capaces de *ir contracorriente*, hasta el martirio, si hubiera sido necesario. Han escrito una página de la historia de la Iglesia que sigue perfumando hoy de profecía, de esperanza, de audacia evangélica.

Desde los orígenes, en la sencillez de Mornese, nuestras primeras hermanas han encarnado una santidad, para definirla con las palabras del Papa Francisco: “de la puerta de al lado”. Una santidad concreta, discreta y realista, que con valor y sabiduría ha sabido enfrentarse a retos, dificultades e

inevitables contradicciones propias del tiempo, pero luminosa, delicada alegría y creatividad apostólica. Madre Mazzarello comprendió que no era ella sola, sino *juntas como comunidad*, el modo como era llamada a vivir “una existencia transfigurada”, hasta el punto de crear, en aquel pequeño y desconocido pueblo, un clima de genuino evangelio y de valor misionero que ha alcanzado extensos horizontes. Comprendió la importancia no sólo de las palabras, también útiles, sino de la calidad de las acciones: «A nosotras, religiosas, no nos basta con salvar el alma, debemos hacernos santas y santificar con nuestras buenas obras, a otras almas que esperan que les ayudemos. Ánimo, pues, después de unos pocos días de sufrimientos, tendremos el paraíso para siempre» (*Carta 18,3*).

Juntas, pues, como personas a las que les importa de verdad la verdadera felicidad de las jóvenes, de los jóvenes y quieren ser, con optimismo y esperanza, signo del Amor.

Este *juntos*: Hijas de María Auxiliadora y jóvenes vivido en Mornese, se ha extendido por todo el mundo y nos recuerda, como bien subraya el Papa Francisco, que la santificación es un camino comunitario (cf *GE*, 140), hasta crear, como ya indiqué antes, aquel «espacio teologal en el que se puede experimentar la mística presencia del Resucitado» (*GE*, 142).

¡Indudablemente es una meta alta! ¿Estamos convencidas de que es posible alcanzarla con los jóvenes y seculares, o nos dejamos enfriar por los cansancios, las fragilidades, la mentalidad individualista y una cultura que se aleja de Dios y de Su Palabra, porque “incomoda”?

En mis visitas en las diferentes realidades, he encontrado tantas Hijas de M^a Auxiliadora, personas jóvenes y adultas, que viven la santidad cotidiana de manera natural, con sencillez y, en ciertas ocasiones, también con heroísmo, sostenidas por una sensibilidad humana atenta a las necesidades de los más pobres. Hermanas y hermanos que saben impregnar su cotidianidad de gestos concretos, provocando aquella “revolución” de ternura y de humanidad que todos consideramos tan necesaria. Descubro en ellos un perfil evangélico bello, manifestado, no en acciones deslumbrantes, sino en aquellas típicas de la “espiritualidad hecha de tantos pequeños detalles cotidianos” al estilo de Jesús que invitaba a sus discípulos a estar atentos a los mínimos particulares (cf *GE*, 143).

Una comunidad que cuida y expresa pequeños gestos de amor, donde unos cuidan de los otros, donde juntos se crea un espacio evangelizador amplio, se convierte en lugar de la presencia del Resucitado que, paso a paso, la santifica según el proyecto del Padre.

Queridas hermanas, éste es el tiempo para *escuchar con corazón nuevo* la llamada a ser, no aisladamente, sino como comunidades educativas, personas capaces de irradiar de nuevo luz a nuestras realidades, si fuera necesario, para que sean realmente, y con la fuerza del Espíritu Santo, un “espacio teologal”, donde se comparte la Palabra y donde la Eucaristía celebrada juntos, nos transforma en comunidades santas y misioneras (cf *GE*, 142).

Intuyo que en muchas de nosotras puede surgir este interrogante: ¿Qué camino se puede recorrer hoy? La respuesta nos la ofrece el Papa Francisco, dirigiéndose no sólo a la vida consagrada, sino a todos, porque todos estamos llamados a ser santos: en las ocupaciones diarias, en los compromisos de vida familiar y social, en el ejercicio de responsabilidades políticas, culturales y económicas, en actitud de amor y de servicio, como oportunidad de vivir en plenitud el Bautismo y la santidad evangélica (cf *Regina Coeli*, 29 abril 2018).

El camino es el de las *Bienaventuranzas*, que son la carta de identidad del cristiano y, sin lugar a dudas, de toda consagrada y consagrado. En ellas se define el rostro de Jesús que estamos llamados a transparentar en nuestras jornadas (cf *GE*, 63). De hecho, en la profesión religiosa cada una de nosotras se compromete a «vivir con radicalidad las bienaventuranzas del Reino» (*C 10*).

Las Bienaventuranzas son *ocho pistas* para escalar la alta cima de la santidad. Caminar por estos senderos exige el valor de asumir actitudes diferentes al estilo de lo que es habitual en la sociedad. Por esto, solamente si el Espíritu Santo nos inunda con toda su fuerza y nos libera del egoísmo, de la pereza, del orgullo, es posible vivirla (cf *GE*, 65).

El Papa nos las propone, una tras otra, con corazón de Pastor, buen conocedor del alma humana y fiel a las esperanzas del Señor hacia sus criaturas. Son pasos concretos y claros: la *pobreza de corazón* que exige austeridad de vida; en un mundo donde se discute con facilidad, ofrecer humilde *mansedumbre*; mientras la sociedad “mira para otro lado”, dejarse traspasar por el *sufrimiento* de los hermanos y hermanas y experimentar compasión. Cuando la corrupción se reparte la “tarta de la vida”, *tener hambre y sed de justicia*. Desde el *actuar con misericordia* y saber perdonar, hasta el mantener el corazón lejos de todo lo que puede destruir el amor hacia Dios y los hermanos. Ser

sembradores de *paz* y de amistad solidaria con sensibilidad, serenidad y creatividad. Saber aceptar también la *persecución*, porque la fidelidad a las exigencias de las Bienaventuranzas puede ser rechazada, sospechosa, ridiculizada. Por otra parte, no podemos esperar que quien vive radicalmente el Evangelio, encuentre todo fácil, a su lado (cf *GE*, 91).

El Santo Padre, después, presenta algunas características de la santidad que le son muy queridas y que encontramos en nuestra espiritualidad: la mansedumbre, la paciencia, la alegría y el buen humor, la audacia y el fervor en la fuerza evangelizadora, que deja un signo en este mundo, a veces, árido, indiferente pero siempre querido por Dios y abierto a un mensaje de esperanza.

Es un camino espiritual que necesita el ritmo de *una plegaria orante hasta llegar a la contemplación*. Con referencia a esto, el Papa Francisco formula preguntas que afectan a nuestra vida y que comparto con vosotras: «¿Tienes momentos en los que te pones en su presencia [de Cristo] en silencio, permaneces con Él sin prisas, y te dejas mirar por Él? ¿Dejas que su fuego inflame tu corazón? [...] De otro modo, ¿Cómo podrás inflamar el corazón de los demás con tu testimonio y tus palabras?» (*GE*, 151).

Sólo aferradas a Él, nuestras comunidades encuentran el valor de poner el carisma al servicio de los jóvenes y con los jóvenes recorrer el camino gozoso de la santidad.

En la misión florece la santidad juvenil

La Exhortación Apostólica repite con frecuencia que la llamada a la santidad es para todos, ninguno queda excluido. Ciertamente en este *todos* están incluidos los jóvenes que son el centro del pensamiento, del amor y de las atenciones del Papa Francisco; de su decisión de hacerles protagonistas activos, constructores de una nueva humanidad, alentándolos a ser los “santos de nuestro tiempo”. En este sentido, es significativa la opción del Sínodo 2018 sobre los jóvenes: *los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*.

Es responsabilidad de la comunidad eclesial y de cada comunidad educativa, ayudar a los jóvenes a sentirse envueltos por la mirada de Jesús, provocados por su voz que llama a ponerse en camino, a *salir* para construir una sociedad más justa y fraterna según el deseo que los mismos jóvenes llevan en el corazón. Pero es preciso que sean acompañados por personas sabias, disponibles y capaces de guiarlos, sostenerlos y sobre todo, contagiarles con el testimonio de una vida creíble y feliz.

El objetivo de nuestra misión es precisamente el de favorecer el encuentro de los jóvenes con el Dios de la vida, con Jesús, que ha asumido fragilidades y sufrimientos, alegrías y esperanzas y lleva a plena realización los sueños de felicidad de los cuales los jóvenes están sedientos.

La misión vivida según el espíritu de las Bienaventuranzas hace florecer la santidad en la comunidad y favorece al mismo tiempo la santidad juvenil. La experiencia realizada en los encuentros con varias comunidades educativas, me confirma la importancia del ambiente como condición indispensable para el contagio de la santidad a los jóvenes y para el surgir de nuevas vocaciones. La santidad tiene algo de fascinante, atractiva, accesible, que llena su corazón y lo dispone al servicio de los demás. Es una llamada a liberarse de las comodidades del *sofá* y a no estar en el *balcón*, como frecuentemente recuerda el Papa Francisco, para abrir los ojos y el corazón hacia quien está necesitado, espera palabras de esperanza y gestos de humanidad.

He encontrado a muchos jóvenes dispuestos a emprender este camino. Quizás esperan que alguien les haga una propuesta explícita, convencida, gozosa, de santidad. Puede ser que esta propuesta haga florecer en ellos recursos de bien insospechados, escondidos.

El Espíritu Santo actúa silenciosamente también en el corazón de jóvenes que aparentemente parecen lejanos, indiferentes, quizás también, enemigos; a aquellos expuestos al *zapping* constante, como subraya el Papa (cf *GE*, 167). Como educadoras no debemos perder nunca la esperanza, porque nuestra misión está fecundada por el Espíritu Santo que nos llama a ser santas, personas de esperanza, abiertas a un futuro habitado por Dios. No nos dejemos llevar de la tentación de pensar que presentar a los jóvenes la belleza de la santidad sea algo anacrónico, o un hecho extraordinario. Ofrecer *metas altas de vida* responde a las aspiraciones profundas del corazón que no quiere permanecer en la mediocridad, en la oscuridad de una existencia sin sentido. ¡No los defraudemos!

Queridas hermanas, ¿estamos convencidas de que, es parte esencial de nuestra misión, caminar con los jóvenes en la santidad? ¿Creemos que todo joven tiene la posibilidad de alcanzarla y que ésta es congénita en ellos porque es camino para la verdadera felicidad?.

Tornando de nuevo a Valdocco y Mornese descubrimos cómo la santidad juvenil fue una de las grandes intuiciones de don Bosco y de Madre Mazzarello.

En Valdocco, los jóvenes que llegaban al Oratorio, inmediatamente experimentaban la cercanía, eran acompañados, comprendidos en su realidad: Domingo Savio, Francisco Besucco; Miguel Magone, que hoy definiríamos como un inadaptado, y tantos y tantos otros. Con ellos y para ellos, de diversos modos, se proponía un itinerario de santidad juvenil con el rostro del encanto, la alegría, el optimismo realista y la entrega de sí mismos. Hasta el punto de que los mismos jóvenes se convertían en acompañantes de otros jóvenes.

Lo mismo sucedía en Mornese con *milagros de transformación interior* que con frecuencia provocaban en las jóvenes un cambio de vida y, más aún, también la acogida de la invitación de Jesús a seguirlo con radicalidad evangélica. ¿Eran otros tiempos? ¡Ciertamente! Pero la verdad es que el corazón de los jóvenes conserva en cualquier época las mismas aspiraciones, sueños y esperanzas: es un corazón abierto a grandes horizontes, abierto a la ternura del amor de un Padre que cree en ellos y no los defrauda.

Entonces, queridas hermanas, ¿puede haber algo más grande, en nuestra misión, que la certeza de que todos somos llamados a ser educadoras y educadores en la santidad, en una realidad como la actual, cada vez más sedienta de Dios?

En este tiempo de Pentecostés, hago mías las palabras del Papa Francisco con las que concluye la Exhortación Apostólica: «Pidamos que el Espíritu Santo infunda en nosotros un intenso anhelo de ser santos para la mayor gloria de Dios y alentémonos unos a otros en este intento. Así compartiremos una felicidad que nadie nos podrá quitar».

Acojamos con humildad de corazón y con alegría esta invitación para hacerla resplandecer en nosotras, en las jóvenes y en los jóvenes, en nuestros ambientes, la santidad “de la puerta de al lado” vivida en el espíritu de las Bienaventuranzas.

Confiémonos a María, ella, la santa por excelencia, la bendita, ella que ha vivido como ningún otro las Bienaventuranzas de Jesús, nos muestra la senda de la santidad y nos acompaña siempre en este camino.

Dios os bendiga.

Roma, 24 mayo de 2018

Aff.ma Madre

Nuevas Inspectoras 2018

Inspectoría “Sagrado Corazón” Suor Cruz María PIÑA	America ECU
Inspectoría “Mater Ecclesiae” Sor Alphonsa KURISINKAL	Asia ING
Inspectoría “Corazón Inmaculado de María” Sor Elizabeth T. GEORGE	INS
Inspectoría “S. Juan Bosco” Sor Monika SKALOVÁ	Europa SLK